

El Rincón de Haika

AMORES DESEO KUIR EMOCIONES DIVERSIDAD ROMANTICISMOS GÉNERO SEXUALIDAD
MASCULINIDADES QUEER AFECTOS POLÍTICAS SEXO MITOS
QUEER DIVERSIDAD FEMINISMOS AMORES

EL AMOR ROMÁNTICO DESDE EL QUEER

Coral Herrera Gómez



COLECCIÓN
VOL. 1



Autora: Coral Herrera Gómez

Diseño de portada y material gráfico: Jorge Morales Carbonell

Año: 2012-2013

Geolocalización: Madrid-San José

Fuente original de los textos: El Rincón de Haika

<http://haikita.blogspot.com/>



"Si entendemos nuestro cuerpo como si de un hardware se tratase, podemos instalar nuevos softwares que escapen a la socialización hegemónica heteronormativa"

Genderhacker & Nodo Transhackerfeminista

"No sólo no se nace mujer, sino que nunca se llega a serlo". **Alaska**

"Prefiero ser un ciborg que una diosa" **Donna Haraway**

"No hay que tener miedo al cambio, sino buscarlo. Porque cambiar es detenerse en el camino y subirse a un alto para ver lo que va siendo nuestra vida, en qué se parece a lo que nos gustaría que fuese." **Josefina Aldecoa**

"Lo importante no es ser "queer" (esto sería una contradicción puesto que "queer" no es una identidad) sino mantener una actitud crítica con respecto a los efectos normalizadores y excluyentes de toda identidad sexual". **Beatriz Preciado**

"A veces pienso que sólo a través del amor podemos salvarnos, sólo a través de la energía orgásmica podemos obtener la fuerza suficiente como para soportar tanto dolor y tanta mierda. Y a veces también, prefiero no pensar, sólo tumbar mi cuerpo cálido junto a otro cuerpo cálido y olvidarme que existe una realidad fuera de la piel".

Diana J. Torres

Índice

Introducción: *El Futuro es Queer*

1 Defensa del queer como herramienta de análisis y de transformación social

2 Ningún amor es ilegal

3 Ser queer es...

4 La construcción sociocultural del deseo y el erotismo

5 Mujeres que se aman

6 La construcción de la "normalidad"

7 Ni sí ni no, ni blanco ni negro: más allá de las etiquetas

Anexo:

Los derechos universales del Amor



Introducción: "El futuro es Queer"

Vivimos en un mundo marcado por la desigualdad basada en etiquetas y jerarquías. En Occidente, el capitalismo, la democracia y el patriarcado han impuesto la división del mundo en grupos y subgrupos con diferentes grados de poder que se diferencian entre sí por categorías abstractas como el género, el idioma, la raza, la clase socioeconómica, la religión, etc. A base de etiquetas, los humanos nos clasificamos para diferenciarnos unos de otros y establecer posiciones de superioridad e inferioridad en forma piramidal, por eso en el libro "Más allá de las etiquetas" defiendo la idea de que el futuro no consistiría en anular las diferencias, sino tomar conciencia de que éstas nos enriquecen, integrarlas como elemento de conexión, unión e igualdad.

Creo que el futuro es queer, y creo que su propuesta teórica y política de transgenerizar la realidad, ir más allá del género, puede salvarnos no sólo de las jerarquías de género, sino también de otro tipo de categorías que, más que unirnos, nos desunen. En la actualidad posmoderna se nos han venido abajo muchos esquemas que antaño parecían estructuras sólidas y que hoy no se sostienen por sí solas. No sé si algún día todos los estereotipos y roles patriarcales se vendrán abajo (tanto a nivel sociopolítico como a nivel simbólico), una vez deconstruidos teóricamente, pero sí creo que el patriarcado está diluyéndose lentamente, al menos en las estructuras sociopolíticas. Este optimismo mío varía según los días, pues a veces siento que tardaremos siglos en cambiar las estructuras de pensamiento y de relación.

En ciertas islas de la posmodernidad, la gente está escogiendo unos caminos más abiertos, plurales y móviles para ser y para relacionarse. Las identidades son cada vez más cambiantes; pese a la americanización de la cultura (término que utiliza Romá Gubern para hablar de la globalización), creo que estamos viviendo procesos de resistencia contracultural que enriquecen mucho nuestros mundos, pues permiten la fusión y la hibridación de formatos, de estilos de música, de corrientes artísticas, de teorías y de géneros.

Estamos hablando de los países desarrollados y democráticos, obviamente. Y dentro de ellos, me refiero concretamente a la pluralidad de identidades de los habitantes de las capitales del mundo, que viven en islas de posmodernidad individualista y consumistas donde el anonimato y la libertad de movimientos son mucho mayores que en el mundo rural, en el que aún prevalecen códigos de la tradición patriarcal más misógina.

Creo que sólo cuando el código positivo deje de ser lo masculino y el código negativo deje de ser lo femenino, cuando dejemos de pensarnos en grupos separados, podremos movernos con más libertad y podremos cambiar

nuestra orientación sexual o performatividad de género, o adoptar otros roles, otras actitudes vitales intermedias, moviéndonos en ellas a nuestro antojo.

Esto liberará enormemente nuestras relaciones porque dejaremos de ser unos y otras, para fusionarnos en una especie de arropa simbólica que incluya todas las identidades en sus diferentes etapas, todas las sexualidades sean normativas o no, todas las posibilidades de ser, de darse y de relacionarse.

En lugar de buscar nuevas formas de clasificación, tenemos que lograr deshacernos de las etiquetas y buscar en la indefinición todas las posibilidades que se nos ofrecen cuando salimos del mundo bicolor pensado en dos dimensiones

Hasta entonces, el camino sería seguir trabajando para analizar y derribar todos los supuestos patriarcales que refuerzan las categorías de género y la división del mundo en dos polos opuestos. Para ello tendremos que seguir analizando los mitos de nuestra cultura patriarcal, y será necesario deconstruir los estereotipos, destripar la clave de los roles, cuestionar las ideas y los hechos dados por supuestos, y explicar la forma en que los condicionamientos patriarcales influyen en nuestra identidad, nuestra sexualidad y nuestras emociones.

Identificando el *modus operandi* de esta ideología hegemónica podremos poner en cuestión qué es la normalidad y qué es la desviación, a quién le interesan las jerarquías que generan desigualdad, y qué beneficios obtenemos hombres y mujeres con la eliminación de esta categoría binaria hombre-mujer de corte esencialista que no es universal, ni eficaz para explicar la complejidad humana.

En lugar de buscar nuevas formas de clasificación, lo que tenemos que lograr es deshacernos de las etiquetas y buscar en la indefinición todas las posibilidades que se nos ofrecen cuando salimos del mundo bicolor pensado en dos dimensiones. En el área de la sexualidad ocurre lo mismo: es hora de superar la genitalidad, de dejar de rendir culto al falo, de exigir eyaculaciones completas y orgasmos contabilizados... es hora de explorar el cuerpo, de ampliar el erotismo y expandirlo por toda la piel.

Asumir que lo personal es político es reivindicar la experimentación con nuestros cuerpos e identidades; es dar paso al poder del deseo, de la imaginación y del juego, necesarios para lograr una sociedad más justa, libre e igualitaria.

Y para ello tenemos que dejar de pensar en lo que *deben ser* los hombres y las mujeres en la cama; es mucho más divertido intercambiar roles, rebasar los límites impuestos, dejar de diferenciar entre amor y sexo, incluir la

ternura en la aventura ocasional, atrevernos a expresar emociones, aunque el patriarcado nos diga que unos no lloran y las otras son de lágrima fácil.



Las identidades y los cuerpos han de poder ser explorados fuera de las cadenas del mundo bidimensional que contempla la realidad en blanco y negro.

Atreverse a superar las categorías ontológicas que nos definen y nos otorgan un papel concreto en la sociedad supone poder reinventarse las veces que una quiera, y ampliar el horizonte mental para poder abarcar el mundo sin prejuicios y sin miedos, de una manera mucho más enriquecedora y compleja que hasta ahora.

Si vamos a conseguirlo o si el patriarcado seguirá inscrito en nuestros cuerpos, manejando nuestras emociones y deseo, coleteando unos siglos más, es algo que no sabemos; pero tenemos que ponernos ya a la tarea para dejar atrás el pasado y dar paso a lo nuevo, a través del afán revolucionario y la alegría de vivir.

Asumir que *lo personal es político* es reivindicar la experimentación con nuestros cuerpos e identidades; es dar paso al poder del deseo, de la imaginación y del juego, necesarios para lograr una sociedad más justa, libre e igualitaria. Las etiquetas impuestas desde arriba no son sino expresiones del miedo de la sociedad a lo diferente y al caos; por eso frente a la rigidez de la definición proponemos la flexibilidad de lo ambiguo, la aventura de la incertidumbre, y la necesidad del cambio.

El camino es la búsqueda: el ser humano es un ser que busca la aventura y la novedad, que le encanta hacer frente a los desafíos, que lucha por mejorar sus condiciones de vida, que necesita escapar de la prisión del presente a base de multiplicar realidades en una suma enriquecedora y no excluyente.

Dejémonos, pues, llevar por nuestra naturaleza deseante y nuestro insaciable afán de aventuras y retos para probar nuevas formas de ser, de quererse, de estar en acción. Yendo un poco más allá de las normas, rompiendo verdades dadas por supuesto, explorando nuevos caminos, deshaciéndonos de las etiquetas...

1 Defensa del enfoque queer como herramienta de análisis e instrumento de lucha social.

Soy una gran defensora del Queer por muchas razones. Siempre me ha costado mucho arraigarme o adherirme con fidelidad a un determinado grupo/ corriente/ perspectiva/sindicato, tanto en el ámbito social como en el académico. El Queer en cambio me gusta porque se puede entrar o salir con libertad, y yo asocio el término queer a diversidad, porque en ella cabe todo: lo "normal" y lo "raro".

El Queer no es una metodología ni posee pretensiones de universalidad, no se nos impone como una "nueva forma de pensar", ni tampoco como una guía para seguir paso a paso. Tampoco tiene un modelo ideal de realidad ni una propuesta política determinada, cerrada en sí misma, lista para ser obedecida. La Teoría Queer es un proceso siempre inacabado, no nos regala metas ni certezas, sino que más bien es generosa en ofrecer preguntas y crear más dudas.

Para mí es esencial como herramienta de análisis y de activismo sociopolítico precisamente porque no ofrece paraísos ni salvaciones individualistas, sino que desde lo colectivo multiplica las propuestas de transformación y da cabida a todas ellas.

Su afán inclusivo me hace sentir queer porque existe ahora, porque los que no hablan inglés lo pronuncian "cuer", porque yo puedo escribirlo "kuir" o puedo cambiarle el nombre, y no pasa nada. No importa mucho la etiqueta, lo interesante es el trabajo común y transnacional en la ruptura contra las catalogaciones que nos dividen, nos separan, nos clasifican y nos discriminan.

Además, me gusta lo queer porque no se instala cómodamente en el activismo o en el academicismo, sino que transita libre entre las calles y las aulas, los museos y las discotecas, los congresos y los centros sociales okupados, las verbenas populares y las revistas académicas. El mundo Queer heredó todo el cuestionamiento foucaultiano acerca de la normalidad, la naturalidad, lo correcto y lo incorrecto.

Las queers, al no creer en el concepto de "verdad", no ofrecen soluciones totalizantes ni mapas para reconducir el sistema hacia un punto determinado.

En el queer no manda nadie, pero no gustamos de fundamentalismos ni de banderas ni de etiquetas ni de himnos, y nuestra patria es global.

El Queer está descentralizado, y se parece a Internet. Cualquiera de nosotras podemos hacer queer y aportar al debate con vídeos, textos,



ilustraciones, foros, imágenes, reflexiones, deconstrucciones, preguntas o performances. El cuestionamiento crítico de nuestra sociedad viene de todas partes, se multiplica solo: todo el mundo puede quejarse, dudar de las verdades dadas por supuesto, adquirir otra perspectiva sobre determinado tema, aportar desde donde está, elaborar críticas constructivas, proponer nuevas ideas y ponerlas en marcha. Aunque no se autodenominen queer, las críticas y las propuestas sirven para hacer queer. Vengan de donde vengan.

El mismo hecho de que la gente o los grupos o las mareas no quieran ser etiquetadas constituye en sí un acto de resistencia política que es queer, porque se niegan a ser encajonadas. En lugar de dedicarse a definirse, pasan el tiempo transitando, transmutando, re-convirtiéndose, inventándose.

Pasan de ser *innombrables* a ser *invisibles* o *incurables*, y vienen más formas de protesta original para luchar por los derechos humanos, porque estamos en tiempos en que es preciso agudizar el ingenio y el humor, trabajar unidos y unidas para abrir el debate social y el camino hacia la legalización del matrimonio igualitario y diverso.

El queer es muy útil para llevar a cabo un análisis multidisciplinar en torno a nuestras construcciones culturales y sociales, porque no habla desde una sola disciplina, porque no se detiene en una sola categoría de análisis: las autoras queer han incorporado múltiples categorías de análisis como la identidad, el género, la orientación sexual, el origen de procedencia, la religión, la etnia o la nacionalidad, el idioma, la edad, el cuerpo y la sexualidad, el deseo y los afectos, las emociones y los sentimientos.

El queer, entonces, nos puede servir para seguir aportando a la deconstrucción del pensamiento binario, para entender por qué pensamos en sistemas de pares de opuestos, y para visibilizar el modo en el que empobrece nuestra percepción y pensamiento. Sirve también para la sacar a la luz nuevas formas de pensar, de percibir, de relacionarnos con la realidad. Nos muestra otras ideologías alternativas que sostienen otros discursos, que crean otras performances, que nos cuentan otros cuentos.

El Queer reivindica la complejidad de la realidad, la visibilización de lo invisible, la necesidad de defender la diversidad frente a los procesos de homogeneización y globalización cultural. El Queer entona un "nosotros/nosotras" frente al individualismo del "sálvese quien pueda" y del miedo atroz al otro, a los otros, a las diferentes, a los extraños, a las extranjeras, a los negros, a los rojos, a las mujeres transexuales, a las maricas, a las indefinidas, a las raras.

Los y las queers reniegan de los estereotipos y roles de género, subvierten el concepto de "normalidad", hacen gala de sus rarezas, exaltan el valor de la diversidad, y claman contra toda forma de pensamiento autoritaria y rígida.

El Queer no es una ciencia nueva ni una corriente, ni es solo un movimiento marica, o una moda pasajera. Es una herramienta para deconstruir, para proponer, para reflexionar sobre como construimos la realidad y cómo

podríamos cambiar esa construcción, para ir más allá de las etiquetas que nos diferencian y nos oprimen. El queer trabaja en red, de un modo simultáneo y horizontal, como en la nube: hay mucha gente trabajando en su comunidad o su barrio, desde las asambleas.

Son gente que entiende que el bienestar o la felicidad no son posibles si no son colectivas. Eso para mí es ser gente queer... gente generosa, comprometida, con ganas de mejorar el mundo en el que vive. Las y los queer trabajan en la lucha por los derechos humanos de la población LGBT, de las mujeres, de las poblaciones indígenas, los refugiados, las inmigrantes, los desplazados, las marginadas.

El queer también se atreve a soñar con un mundo diferente, a llenar de propuestas los muros vacíos: son nuevas y múltiples utopías que surgen en todas las mentes soñadoras. Desde mi perspectiva, uno de los mayores potenciales de transformación del Queer es esta capacidad de incluir a todo tipo de gente en la transformación de nuestras sociedades. Otro potencial revolucionario de este concepto es también la posibilidad de que dejemos de llamarlo "queer" y se nos ocurra otro término. Lo importante, creo, es seguir analizando, cuestionando, hablando, compartiendo, debatiendo, aportando y derribando, construyendo otras estructuras más flexibles, probando nuevos formatos, creando espacios de trabajo desde la diversidad.

2 Ningún Ser Humano es Ilegal

Lo dice hasta Amnistía Internacional: amar es un derecho humano universal.

Todos los seres humanos tenemos los mismos derechos en el ámbito afectivo, sexual y emocional. Tenemos derecho a amar a quien queramos, y a que nos quieran.

Parece algo muy sencillo pero son millones las personas que no pueden vivir sus amores con libertad.

Vivimos en una cultura que reprime la expresión de nuestras emociones, que nos obliga a contener y controlar los excesos emocionales, que nos ofrece modelos de amor basados en un único esquema de pareja heterosexual monogámica, y que condena todas las desviaciones de la "norma amorosa".

Por eso las lesbianas, las bisexuales, los gays, las transexuales, los adúlteros, las poliamorosas, las parejas de ancianos, las parejas de niños o las parejas de diferente clase socioeconómica, han de ocultar sus relaciones cuando no están bien vistas en su comunidad porque se desvían de esta "normalidad".



La normalidad no es natural, sino construida. Cada cultura tiene sus normas, prohibiciones, tabúes, costumbres amorosas, de modo que en cada una de ellas se promueven unos modelos y se condenan otros. En muchos casos las relaciones que se desvían de estas normatividad han de ser vividas en la clandestinidad o han de ser eliminadas, invisibilizadas o rotas.

Los castigos para los y las que se desvían de la norma son variados: pueden ir desde una simple condena social desde el entorno próximo (aislamiento, rumores, rechazos), hasta una pena de cárcel o de muerte, como sucede en un gran número de países donde los homosexuales son golpeados y torturados, las lesbianas sufren "violaciones correctivas" y las mujeres casadas que han querido divorciarse o son infieles a sus esposos son apedreadas hasta la muerte.

Por todo esto se hace necesario reivindicar una serie de derechos fundamentales en el ámbito afectivo, sexual y sentimental: porque están siendo pisoteados a diario en muchos países del mundo. Son millones las personas que no pueden vivir su amor por miedo a las leyes que prohíben determinados tipos de relación sexual/sentimental.

Es preciso que defendamos el derecho a querernos como nos plazca, a juntarnos como deseemos, a probar formas más bonitas e igualitarias de relacionarse. Tenemos derecho a construir las relaciones desde la libertad y no la necesidad, a probar nuevos esquemas de relación, a construir relaciones sin la carga de prejuicios y estereotipos que hoy posee.

Porque el amor es el amor, y afortunadamente cualquier puede sentirlo y vivirlo, forma parte de nuestra condición humana. Tener afectos es algo fundamental para nosotros y nosotras, tenemos derecho a poder elegir y construir nuestras relaciones de afecto, de erotismo, de pasión, inventar nuevas categorías amorosas más allá del romanticismo patriarcal, querernos sin poseernos... o seguir los patrones tradicionales. Pero desde la libertad para elegir y siempre respetando los derechos humanos y las libertades propias y ajenas.

Estos derechos se aprenden con el respeto y la empatía hacia los otros, la sensibilidad hacia sus sentimientos/emociones, las ganas de relacionarnos desde el cariño, la sinceridad plena y la comunicación fluida. Y con mucho amor por el prójimo.

Tenemos que visibilizar la importancia del derecho a amarse con libertad, porque lo personal es político: nuestras comunidades deberían poder garantizar estos "derechos emocionales" para todos sus habitantes.

Amar, pues, ni es pecado ni delito: es un derecho fundamental.

3 Ser Queer

Ser Queer es ser raro, anómala, ambiguo, indefinida, extraño, extraordinaria, especial, o diferente. La gente queer habita en los márgenes del sistema y desestabiliza las categorías hegemónicas, por eso resultan molestos o subversivos. La rebeldía queer no es meramente estética, sino ante todo política: reivindican la diversidad y rechazan la tiranía de la "normalidad", por eso lxs queers no pretenden ser aceptados ni desean verse integrados en el sistema. Adoptan el término que los discrimina para visibilizar la riqueza de las diferencias, y se multiplica en mil apropiaciones: la Marcha de las Putas, la Marcha de Invisibles, la Marcha de Incurables, la Danza de los Nadie.

La gente queer son las mujeres y hombres transexuales, personas intergénero, hermafroditas, bisexuales, travestis, las prostitutas y prostitutos de la calle, los curas gays, las lesbianas rurales, las bolleras urbanas, los marimachos, las maripilis, las transmaricabolleras, las inmigrantes, los activistas políticos, los asexuales y las viciosas, las minorías étnicas o religiosas, la población presidiaria, los parados de larga duración, los refugiados y las expatriadas, las ancianas excéntricas, los alcohólicos anónimos, las académicas subversivas, las drag queen y los drag King, los tríos felices y los atormentados, los desahuciados del sistema laboral, las artistas marginales, los grupos de hackers antisistema, las viajeras y los vagabundos, las personas con alguna discapacidad física o mental, los locos y las locas, los border line, las frikis, los ermitaños, los utópicos, y las luchadoras.

Bajo la etiqueta queer caben todos y todas, también los heterosexuales monogámicos con afanes reproductivos; pero como etiqueta que es hay que estar atentas para no verse atrapadas por la categorización. La lucha queer en este sentido es paradójica porque pretende ir más allá de cualquier etiqueta que al clasificarnos constriña nuestra libertad identitaria, emocional y sexual, y nuestros derechos fundamentales.

El queer es una apuesta por explorar las fronteras y destrozar las dicotomías del pensamiento binario y jerárquico de nuestras sociedades occidentales. Es también una herramienta de análisis multidisciplinar en el área de las ciencias sociales y las filosofías, y una prolongación de las luchas feministas que pretende acabar con la rígida división de roles y con los estereotipos que determinan la construcción de las identidades de género. Lo interesante de esta herramienta es que es un proceso no acabado, que está ahora entre nosotras, que es puro presente, y que está abierta a acoger todas las reflexiones que cuestionan el orden patriarcal y capitalista.

Además, en el queer también caben las propuestas sociales y culturales para transformar nuestras formas de organización y de relación. El queer apuesta por derribar las estructuras económicas, políticas, sociales, emocionales y sexuales para crear otras estructuras más dinámicas, flexibles, cambiantes. El Queer jamás es definitivo, no posee líderes que marquen las líneas a seguir, no posee posturas totalizantes ni ofrece verdades absolutas, no se acaba con la crítica al sistema. Los queers



quieren visibilizar lo invisible, ese lado oscuro de nuestra realidad que nos incomoda: la prostitución, el adulterio, la homosexualidad, la indefinición, la locura y los miedos...

El queer ilumina estas zonas oscuras y grita: "Estamos aquí, existimos, somos queer". La visibilización de los excluidos por el sistema se expresa en la gente queer a través de mil formas posibles: conferencias en congresos académicos, performances queer en las calles artículos de bloggers, shows en fiestas queer, vídeo performances en youtube, publicaciones en papel y en digital, manifestaciones por los derechos humanos, carteles y afiches reivindicativos, jornadas de reflexión en colectivos, páginas web de temática LGBT, besadas frente a los bares que discriminan a parejas homosexuales, o acciones públicas como las de Pussy Riot, el grupo punk ruso de mujeres que cantó en una iglesia contra el patriarcado, o las Femen, que van alterando las estructuras de la "normalidad" con desbordante alegría y mucha rabia.

Lxs queers están por todas partes, aunque unas se definan como tales y otras personas no, la resistencia a la definición es una resistencia política. Lo cotidiano es político, las emociones son políticas, las identidades son construcciones, las narraciones se pueden diversificar, los mitos se pueden deconstruir, las fronteras dicotómicas se pueden derribar, y las jerarquías pueden eliminarse: en la academia y en las discotecas, en las camas y en las calles.

4 La construcción sociocultural del deseo y el erotismo

El deseo y el erotismo son impulsos humanos que determinan nuestra forma de relacionarnos con los demás y con los objetos que nos rodean. Siempre han sido ensalzados como parte de "los misterios de la vida" en la poesía y la literatura, especialmente durante el siglo XIX, en el que los románticos expresaban sus deseos y la frustración que les producía el no poder alcanzar el objeto de sus pasiones.

El deseo es un tema siniestro. En la ciencia positivista del siglo XX se ha tratado mayormente desde la perspectiva de la patología, es decir, el estudio y tratamiento de los excesos que cometemos cuando nuestra racionalidad y nuestra vida cotidiana se ve afectada por el deseo que sentimos hacia personas, alimentos u objetos de consumo. El deseo erótico, por ejemplo, está clasificado dentro de aquello que consideramos el "lado oscuro" de nuestras sociedades, ese espacio del que no se habla en las reuniones sociales o en los ámbitos laborales. El lado oscuro de la realidad está formado por todo aquello que se considera negativo, incontrolable, irracional: la prostitución, el adulterio, la disfunción eréctil, el multiorgasmo femenino, lo prohibido, la suciedad, el inconsciente.

Nosotros nos movemos en un mundo luminoso en el que representamos un papel cuyo objetivo principal es aparentar normalidad, cordura, y capacidad para integrarse a la sociedad. Gracias al mundo luminoso del orden y la ley, todo funciona: aprobamos los exámenes, rellenamos formularios, pagamos nuestros impuestos, nos detenemos frente a un semáforo rojo, damos los buenos días a los vecinos, y nos comprometemos pública y formalmente a convivir con alguien del sexo opuesto.

Esta tremenda idea que divide la realidad en dos grupos, uno luminoso y otro oscuro, proviene del pensamiento binario occidental. Hemos aprendido a pensar y percibir en base a estructuras dicotómicas, por eso separamos la realidad en dos grupos bien diferenciados. En el lado luminoso está el día, el sol, el orden, la razón, lo tangible, la norma, la ley, la coherencia, la masculinidad, la fuerza, la civilización y la cultura.

Del otro lado están las bajas pasiones, los instintos, la irracionalidad, el misterio, la noche, la luna, la magia, las supersticiones, los hechizos, la incertidumbre y la intangibilidad, la naturaleza y lo femenino.

El deseo pertenece al segundo grupo porque creemos que nos dominan fuerzas superiores que apenas podemos evitar sino es con muchas dosis de represión, disciplina, paciencia y autocontrol. Sabemos que aquellos que no pueden hacer uso de su raciocinio para escapar de esta fuerza poderosa, pueden acabar muy mal: ahí tenemos todas las patologías médicas que nos demuestran lo mal que le va a la gente que no puede controlar su deseo, o que no encuentra satisfacción a la hora de buscar placer.

Esta dicotomía es un espejismo pues hoy sabemos que razón y emoción no son fenómenos contrarios, que se gestan en el mismo lugar del cerebro, que todas las decisiones que tomamos son subjetivas y están determinadas por nuestros sentimientos, impulsos, apetencias. No podemos separar nuestra razón y emoción, ni tampoco nuestra naturaleza y nuestra cultura: somos un complejo sistema en el que interaccionan diferentes dimensiones. El deseo humano, entonces, es una construcción política, social, económica que varía según los países y las épocas históricas. Esta cualidad humana es innata pero se aprende: el erotismo está determinado por nuestras estructuras emocionales y relacionales; estas estructuras las heredamos a través de la cultura, principalmente.

El deseo y el erotismo son diferentes en cada cultura porque están atravesados por la ideología hegemónica de cada sociedad. Nuestro mundo occidental ha construido sus sociedades en torno a la represión sexual. Nos organizamos socialmente en base a la represión que construimos con una serie de tabúes, normas, prohibiciones y costumbres. Heredamos estos tabúes a través de la socialización y la educación, y una vez asumidos los reproducimos y los transmitimos a las nuevas generaciones.

La cultura se encarga de establecer lo que está bien y lo que está mal, lo que es natural y no lo es, lo que es normal y lo que es anómalo. De este modo, aprendemos por ejemplo que uno no debe acostarse jamás con el padre, con la madre, con los hermanos, con los maridos de las hermanas o las esposas de los hermanos, con los compañeros de las amigas, con los



primos y las primas hermanas, con los y las sobrinas, con los compañeros de trabajo con los que nos relacionamos en base a jerarquías de poder.

Teniendo esto claro, podemos tener relaciones sexuales con gente con la que no tengamos parentesco cercano y que preferiblemente estén solteros/as. También es preferible que nos relacionemos heterosexualmente, y mejor con gente de nuestra edad y nuestra clase social, pues el modelo idealizado de relación sexual que nos han vendido a través de la cultura es el de la relación monógama de dos opuestos que se complementan.

Piensen en todas las grandes historias de amor: todas se basan en el mismo esquema narrativo chico-conoce-chica, chico viaja para encontrarse a sí mismo y derrotar al enemigo, chica espera para ser elegida cuando chico termine su aventura. Masculinidad activa y empoderada, feminidad pasiva y sumisa: las medias naranjas de aquellos diferentes que se complementan a la perfección.

Las relaciones que no se ajustan a este modelo canónico son mal vistas o producen un escándalo social. Por ejemplo, las relaciones de adultos con menores de edad o con ancianos, las relaciones homosexuales, las relaciones sexuales entre discapacitados psíquicos o físicos, las relaciones sexuales entre ancianos, las relaciones triádicas, las relaciones sadomasoquistas, las relaciones de libres o poliamorosas son condenadas por la sociedad porque escapan de la normatividad.

Según Freud, el tabú esencial que organiza nuestra sociedad es el tabú del incesto. Él pensaba que todo el sistema de represión sexual de la sociedad a la que pertenecía era necesario para controlar al humano animal, pues si pudiéramos dar rienda suelta a todos nuestros apetitos eróticos y caprichos genitales la sociedad no funcionaría, la gente no iría a trabajar porque estaría entregada a la búsqueda del placer, el caos se apoderaría de nosotros, dejaríamos de respetar las jerarquías, en fin, un desastre total en términos de producción y de paz social.

Marcuse en cambio pensaba que la liberación del Eros comunitario nos traería una sociedad más amable, más igualitaria, y más feliz, en suma. La represión sexual y erótica tiene una utilidad esencial para mantener los sistemas de explotación humana y de guerra permanente. Como consecuencia de esta represión somos seres más frustrados, más individualistas, más reprimidos, más amargados y nuestras relaciones sexuales y afectivas son sumamente pobres y conflictivas. Yo estoy con Marcuse, claro, y con el análisis de Foucault en torno a la represión sexual, el concepto de normalidad, y el concepto de poder.

En el ámbito del análisis del deseo erótico y sexual, es necesario que pongamos en relación nuestras estructuras sociales y políticas, los grupos de poder que crean normas sociales y producen relatos ejemplarizantes a través de las industrias culturales. Y es importante también que analicemos la ideología que atraviesa todas nuestras fantasías y relaciones eróticas. Esta ideología hegemónica está basada en los principios de la moral católica, capitalista y patriarcal.

Deseamos lo que nos proponen los medios de comunicación y las industrias culturales. La publicidad, en concreto, es la que moldea los gustos de la gente, principalmente a través de las "modas". La publicidad nos regala aspiraciones, pulsiones y necesidades para que las asumamos como propias: Necesito un coche fantástico, quiero a ese hombre exitoso, necesito esa rubia explosiva, deseo esa crema antiarrugas, me apetece comprarme ese vestido, quiero comprarme esa casa, quiero tener esa sonrisa de anuncio, quiero un cuerpo hermoso para poseerlo, quiero que me admiren como admiran a ese hombre, quiero que me deseen como desean a esa mujer.

Los creadores publicitarios nos dicen lo que nos conviene, lo que es bello y lo que no lo es, lo que es importante en la vida, lo que nos sienta bien, el modo en cómo podemos hallar la felicidad, la forma en cómo adquirir prestigio social o profesional. Más que productos, la publicidad nos vende estilos de vida, formas de moverse por el mundo, ideología consumista en estado puro. Y saben cómo seducirnos para que deseemos lo que las empresas nos venden. Utilizan la magia del arte, a través de la música, que nos entra directa al corazón, palabras y frases impactantes que dejan huella en nuestra mente, imágenes de abundancia y belleza, de mujeres y hombres idealizados que se nos ofrece como modelos a admirar e imitar.

La belleza es también una construcción sociocultural que varía según cada pueblo: a veces están de moda las curvas de Marilyn, otras veces están de moda los huesos de Kate Moss. A veces está de moda la salud y lozanía de las mujeres de Rubens, otras veces las preferimos enfermas de tuberculosis o de anorexia.

Las consecuencias de esta ideología inserta en el deseo son mucho más importantes de lo que pensamos. Hasta ahora no se ha dedicado la atención suficiente a la importancia de nuestras emociones, como si pertenecieran al ámbito de la subjetividad de cada uno. Sin embargo, el control de nuestras emociones, afectos y sexualidad es un mecanismo muy poderoso que sirve para mantener la estructura capitalista, democrática y patriarcal actual.

Erotismo democrático, represión patriarcal, acumulación capitalista.

Vivimos en un mundo en el que nos relacionamos en base a represiones patriarcales y jerarquías de afecto. Los cuerpos son controlados por la moral católica y el consumismo voraz de nuestra época posmoderna. Nos seducen con la idea de que teniendo un cuerpo bello tendremos acceso a todo lo demás: amor, recursos económicos, prestigio social. Por eso empleamos dinero en embellecerlo, pero también tiempo y energía, esfuerzo, disciplina y autocontrol. El cuerpo es hoy un objeto de consumo más, que se nos exhibe ante los ojos, se nos muestra para satisfacer nuestro deseo, se nos ofrece para ser alquilado o comprado, operado o reconstruido. Unos cuerpos consumen otros cuerpos, unos cuerpos son para follar, otros para amar, unos cuerpos tienen más valor que otros. Por este afán de acumular conquistas de cuerpos, de establecer categorías de belleza y de deseabilidad, de desechar cuerpos que no nos sirven, de consumir otros nuevos, las relaciones eróticas entre los cuerpos humanos están demasiado marcadas por el conflicto. Este conflicto nos impide disfrutarlos: en los



encuentros sexuales late nuestro narcisismo, las luchas de egos, las necesidades y los miedos de cada uno, las relaciones de poder y las desigualdades.

Sobre el placer y el erotismo femenino mandan jueces, psiquiatras, ginecólogos, curas, legisladores, y todo tipo de hombres con poder que consideran esencial limitar la libertad de las mujeres, condenar el placer femenino, constreñir la sexualidad femenina y reducirla a una función procreadora, meramente utilitarista.

Para lograr dominar a las mujeres como grupo, se ideó la obligatoriedad de la monogamia. Pero se pensó para nosotras, solo tuvieron que convencernos de que la promiscuidad en nosotras es un pecado contra natura. También nos convencieron de la necesidad de tener un hombre y nos inocularon la falsa idea de que nuestro deseo sexual es infinitamente inferior a la potencia masculina. Y nos creímos la idea de que nuestro deseo sexual siempre va unido al romanticismo, es decir, que no somos tan "sucias" como los hombres, que solo desean sexo por sexo, sin sentimientos. Nosotras, como somos "tiernas amorosas delicadas y sensibles", necesitamos unir el placer al amor: esa es la idea que nos venden, y la que funciona. De este modo podremos tolerar los deslices sexuales de nuestros maridos, reprimir nuestro deseo y dedicarnos al amor maternal, incondicional, subyugado al deseo masculino.

Sobre los cuerpos de los hombres también se inserta toda la maquinaria del patriarcado: su deseo es encauzado hacia las mujeres en exclusiva, su erotismo ha de estar dirigido al matrimonio y al puticlub. La homofobia y el miedo a las relaciones afectivas masculinas limitan así enormemente su capacidad para construir relaciones bonitas con otros hombres y con las mujeres.

Los hombres están obligados a demostrar su virilidad a través del número de mujeres que pueden poseer. De este modo, un hombre está obligado a ser promiscuo y a ser muy fértil: cuantas más mujeres e hijos tenga, más macho es. Esto le trae problemas pero es una carga con la que ha de convivir solo por el hecho de ser varón.

Otras represiones patriarcales que afectan a los hombres está en el ámbito emocional: desde niños aprenden que no deben mostrar sus emociones en público, que deben reprimir sus lágrimas, no quejarse, no exhibir su vulnerabilidad. Esto conlleva que a la hora de comunicar sus sentimientos en la adultez, tengan una gran dificultad para hablar de ellos y para compartirlos con sus seres queridos.

Los hombres, además, han de esmerarse por mejorar o mantener su condición física, aprenden a preocuparse por la densidad de sus músculos, el tamaño de su pene, la proporción de las partes de su cuerpo. Si bien es cierto que hasta hace muy poco para la belleza masculina se aplicaba la filosofía de "El hombre es como el oso, cuanto más feo, más hermoso", hoy los patrones estéticos los ahogan de igual modo que a nosotras. Ellos son ahora el objetivo de las marcas de cosméticos y productos de belleza, gimnasios y quirófanos privados: y muchos se someten a la tiranía de la

belleza que ha establecido la guerra contra los kilos de más, la edad y los años de más, y todos los pelos incómodos que pueblan nuestros cuerpos.

La diversidad erótica y sexual.

Así pues, nuestros cuerpos, nuestra sexualidad, nuestro erotismo está moldeado, influenciado y controlado por el poder. Obviamente como todo proceso de control, se generan unas resistencias en el interior de cada persona que llevan a que no todo funcione como estaba previsto. La transmisión de las normas jamás es asumida de un modo completo por los humanos, especialmente aquellas que le han sido impuestas y en las que no ha podido participar en su construcción. Y es que por mucho que intentemos clasificar la realidad en pares de opuestos, para regular ciertos comportamientos, prohibir y condenar las desviaciones de la norma, limitar la disidencia, incentivar el respeto a las leyes y a la moral, la realidad es mucho más compleja y diversa.

Las representaciones de la realidad en los relatos están siempre simplificadas, estereotipadas y tipificadas. En el ámbito de la sexualidad y el amor solo se nos muestran las relaciones de pareja heterosexuales, los dúos felices; pero siempre están ahí amenazando los puticlubs, las amantes de una noche, los amores platónicos, o las huellas del pasado. Todo el lado oscuro se presenta en forma de aquello que amenaza el orden y la ley, y da mucho juego como conflicto para incentivar el drama. Después de sufrir un rato con las amenazas a la felicidad, respiramos aliviados con finales felices que restablecen las cosas y recompensan el valor de héroes y heroínas para luchar por alcanzar cosas como la paz, la felicidad, el amor, y la abundancia de recursos.

Con estos cuentos que nos cuentan desde pequeños y pequeñas, aprendemos a entender el mundo, a reproducirlo en nuestra vida cotidiana, a discernir entre lo correcto y lo incorrecto, creamos nuestra identidad y vamos adquiriendo estructuras emocionales y aprendemos a controlarlas al final de la adolescencia, cuando por fin entendemos que los adultos funcionan aparentando ser una cosa y luego son otras. Por eso el escándalo es mayúsculo en ritos sociales como los entierros, en los que de pronto aparece la segunda familia a despedirse del ejemplar padre de familia primera y el ausente padre de familia secundaria.

Nuestro deseo en la posmodernidad conserva aun esa dualidad en forma luminosa y oscura. Si bien en algunos países democráticos lesbianas y gays pueden casarse, en otros la gente sigue siendo encarcelada, torturada o asesinada por su orientación sexual. Internet está logrando que la gente queer, la gente rara, desviada o anómala puedan reivindicar su rareza, su diferencia, su desviación. Internet pone de relieve la diversidad sexual y emocional de las prácticas humanas porque muestra todo aquello que no vemos en los medios de comunicación tradicionales ni en la industria pornográfica.

Existen multitud de foros, webs, blogs y plataformas donde se encuentra la gente que está hablando sobre temas de género, cuerpos y sexualidad. También se expanden las redes en las que la gente comparte sus



experiencias sexuales, sus fantasías eróticas y sus video creaciones para encontrar a gente afín, para crear jornadas o encuentros, para intercambiar información y fluidos.

Es el caso no solo de homosexuales que no han salido del armario, sino también de parejas swinger, relaciones estables en tríos, comunidades de poliamor, grupos que organizan orgías, parejas sadomasoquistas, amantes fetichistas, clubes de asexuales, agrupaciones de castidad, congregaciones religiosas con praxis amoratorias especiales...

Es un mundo lleno de gente diversa en el que cabemos todos: los que curiosean, los que investigan, los que rompen con las normas, los que lo ocultan, los que no rompen pero quisieran, los voyeurs, los depravados, las ninfómanas, los adictos al sexo por webcam, los cargos eclesiásticos adictos al porno, los noctámbulos solitarios, las perversas en grupo, las amas de casa, los jubilados, los que se pierden navegando por los mares cibernéticos.

Esta posibilidad de conocer gente con gustos raros, desviados de la norma monogámica y heterosexual, nos abre infinidad de puertas que antes permanecían ocultas, y nos muestra la cantidad de gente que vive dobles vidas, que ocultan su deseo en su vida pública o lo exhiben, que recorren cientos de kilómetros para traspasar la pantalla y tener encuentros sexuales con gente diversa, gente que antes no podía encontrarse tras las máscaras sociales que nos ponemos para aparentar que somos "normales".

Hoy nos quitamos las máscaras en Internet y en espacios clandestinos o privados en los que se puede llevar a cabo las prácticas sexuales que uno desee, pero hemos de aprovechar este potencial revolucionario que tiene el erotismo para transformar nuestras sociedades. La revolución sexual de los años 70 liberó parcialmente a las mujeres porque gracias a los avances en anticonceptivos se logró separar la sexualidad femenina de la reproducción. Además, supuso el reconocimiento legal de los derechos humanos y sexuales de las mujeres, como el derecho al divorcio o el derecho al aborto.

Después de esta revolución sexual se impone la necesidad de despatriarcalizar de una vez por todas el deseo, y con él nuestras emociones, sentimientos y afectos. Es necesario liberarnos de los miedos y las necesidades impuestas para poder invisibilizar lo que permanece invisible, para poder mostrar lo que siempre ocultamos, para que la gente pueda salir de sus armarios y pueda construir relaciones más sanas e igualitarias.

Es una tarea ardua, pues todos y todas tenemos interiorizadas las normas sobre lo que es correcto e incorrecto, lo que se ha de exhibir y lo que se ha de ocultar, y esas normas están insertas en nuestro inconsciente, en nuestro consciente, en nuestras emociones, en nuestros discursos.

Para lograr esta liberación del deseo patriarcal no solo es necesario transformar las estructuras sociopolíticas y económicas, sino también la cultura. Es preciso crear nuevos esquemas narrativos y diversificar las representaciones en torno al amor y la sexualidad humana. Dejar a un lado los modelos de masculinidad y femineidad patriarcales y proponer otros

modelos de identidad que vayan más allá de la división tradicional de roles de género. Derribar los patrones sentimentales que heredamos a través de los relatos.

Desde la cultura hay que ponerse manos a la obra para diversificar las propuestas de relación sexual y sentimental, presentar alternativas al modelo hegemónico e inventarnos nuevas formas de relación. Se trataría de mostrar la riqueza y complejidad de nuestras relaciones eróticas sin la condena de la moral judeocristiana, visibilizar otras formas de compartir placeres, construir un mundo más amable y solidario, más libre y más igualitario.

5 Mujeres que se aman

Desde el principio de los tiempos las mujeres nos hemos amado entre nosotras; es un hecho que en nuestra cultura machista ha silenciado, invisibilizado y también castigado. Son cientos de millones las mujeres lesbianas que han sido aisladas de su comunidad, insultadas, humilladas, torturadas, violadas, encarceladas o asesinadas solo por su orientación sexual y afectiva.

Son muchas las que han tenido, y tienen aún que ocultar su lesbianismo para proteger su vida en países donde la homosexualidad se considera un pecado, una aberración, una enfermedad o un atentado contra la moral. La mayor parte de las religiones monoteístas son heterosexuales, sus dioses son heterosexuales, rechazan el placer, reniegan del cuerpo, dirigen la sexualidad hacia la reproducción como fin último y verdadero. Y ello ha condicionado enormemente la libertad y el bienestar de las mujeres que se aman durante siglos y siglos.

Pero además, cualquier mujer que no se adapta a los cánones tradicionales de la feminidad (sumisión, fragilidad), es etiquetada como lesbiana, de modo que cualquier mujer empoderada, con iniciativa, que ejerce su derecho al libre albedrío y que rompe con las cadenas de su sujeción se considera que no solo es contestataria con el patriarcado, sino que se rebela ante los hombres, los rechaza e imita a la vez (hacen gala de su fuerza, su valentía, su inteligencia, características consideradas masculinas).

En el siglo XXI, en determinadas islas de posmodernidad y progresía, el lesbianismo comienza a despatologizarse, gracias principalmente a la lucha feminista y LGBTQ. La homosexualidad comienza a normalizarse, gracias a las leyes que permiten los matrimonios entre personas del mismo género, y a las campañas de sensibilización que convierten la homofobia en un miedo/odio políticamente incorrecto.

Por eso mismo el movimiento queer rechaza esa normalización, lo que denominan la heterosexualización de la homosexualidad. Unos desean la integración social y reproducen los roles, las costumbres de la cultura



patriarcal heterosexual, y otras rompen con las tradiciones para promover la diversidad, el desvío de la norma, para que la diferencia se asuma como un factor de riqueza, y no de marginación.

Estos cambios sociales han permitido también que se vaya eliminando poco a poco el estereotipo de la mujer lesbiana como odiadora de hombres, mujer amargada, mujer masculinizada, mujer frustrada. Cuando la gente oye la palabra "lesbiana" piensan en mujeres feas, peludas, obesas y antipáticas que visten ropa de hombre.

Lo bueno es que hoy se aprecia una variedad y una riqueza que dan al traste con el estereotipo, como es el caso de las mujeres famosas que salen del armario: pero también son muchas las que reivindican el derecho a no depilarse, a ser fea, a ser obesa, y a no mostrarse simpáticas cuando no nos apetece.

No solo a nivel político y social, sino también en el área de la estética y la visibilidad, cada vez son más las mujeres empoderadas, famosas por su trabajo como actriz, como presentadoras de televisión, cantantes, deportistas, escritoras, etc. que comienzan a mostrarse en público con su pareja. Y eso es positivo, creo, porque desmorona la imagen de la mujer monstruosa, la idea de que el lesbianismo es anormal, y la patologización de las sexualidades diversas.

Si vas por la calle mirando con ojos heteros ves la realidad de manera diferente a como la ves con una mirada más amplia. Con la mirada hetero ves a los obreros piropeando a una mujer, ves carteles publicitarios de mujeres heteros reclamando el deseo masculino desde las marquesinas de autobús, ves parejas heteros besándose o peleándose, ves familias heteros comiendo en un bar. Si amplías la mirada comienzas a ver a un montón de personas que no están constreñidas por su masculinidad o feminidad y que lucen una ambigüedad que no nos permite clasificarlas en uno u otro bando. Ves mujeres que van dadas de la mano, hombres que se miran al cruzarse y se vuelven para sonreírse con complicidad, parejas de tríos, familias diversas, y el deseo circulando libre por el espacio imaginario.

Llevo tiempo preguntándome si la invisibilidad de la homosexualidad femenina ha permitido a las mujeres mayor libertad de movimientos para amarse y establecer una convivencia de pareja, porque en bastantes épocas y muchos lugares el orden masculino no se ha preocupado en exceso por las relaciones amorosas entre mujeres. En parte gracias a esta invisibilización, hay autoras que afirman que las lesbianas han sufrido una menor represión que la homosexualidad masculina, más castigada por la homofobia del patriarcado.

Adrienne Rich (1993) defiende la tesis contraria y afirma que la represión de la homosexualidad femenina ha sido mayor que la ejercida sobre la masculina. Según Rich, son muchas las mujeres que han tratado de vivir su sexualidad y sus sentimientos al margen de las normas heteros que condenan lo homo como desviación y aberración, a menudo con la creencia de que eran las "únicas" que lo habían hecho: "Lo han intentado, a pesar de que pocas mujeres se hallaban en posición económica de resistirse por

completo al matrimonio y pese a que los ataques contra las mujeres no casadas se extendieron de la calumnia y la burla al genocidio deliberado, incluida la quema y tortura de millones de viudas y solteras durante la caza de brujas en los siglos XV; XVI y XVII en Europa”.

Siguiendo el estudio histórico de Aldarte, podemos ver cómo la prohibición de la homosexualidad varía según las épocas y las zonas geográficas. En algunas sociedades no se distingue entre estos dos polos opuestos (homo/hetero), porque su sexualidad es más rica y diversa, y en otras se apedrea hasta la muerte a todos los que viven su sexualidad alejados del orden patriarcal. En la Antigüedad griega la homosexualidad masculina se consideraba la más alta expresión del amor. Las mujeres vivían recluidas en los ámbitos cerrados y no participaban de la vida política y social porque no eran ciudadanas, sino personas de segunda clase, por encima de los esclavos. Ello probablemente les permitió relacionarse en el ámbito privados y el mundo doméstico sin la injerencia de los hombres, que se relacionaban entre sí también con la mayor naturalidad. En el Imperio Romano el poder no se preocupa por la vida sexual de sus ciudadanos; la sexualidad es algo privado, salvo en los casos en los que se altera el orden social. En el siglo IV a JC., el historiador Plutarco entre otros, ha dejado constancia de la existencia de baños públicos diseñados para mujeres homosexuales femeninas, todas ellas perfectamente casadas, que eran satisfechas sexualmente por las esclavas felatorias mientras tomaban los baños, una institución muy reconocida en Roma. Se han documentado en este período bodas entre personas del mismo sexo, reguladas de igual modo que las bodas heterosexuales.

Las principales fuentes históricas para reconstruir la historia del lesbianismo en Occidente en esta época son los archivos eclesiásticos (sermones, homilías, encíclicas, concilios, catecismos...), y jurídicos (procesos judiciales, denuncias, sentencias...). Entre los cientos de casos de homosexualidad juzgados por tribunales laicos y eclesiásticos en la Edad Media y en los inicios de la modernidad, no se encuentra casi ninguno concerniente a relaciones sexuales entre mujeres. En el mundo secular, no religioso, existen referencias ocasionales a la sexualidad lesbiana; sin embargo, así como las leyes civiles contra la homosexualidad masculina son muy explícitas, no ocurre lo mismo con el lesbianismo. Casi ninguno de los actos juzgados en Europa entre los siglos XV y XVI corresponden a mujeres: cuatro juicios en Francia, dos en Alemania, uno en Suiza, uno en Holanda y dos en Italia; pero en cambio hay miles de casos de varones. El lesbianismo era un caso por lo general silenciado, pero muy común, sobre todo en el mundo religioso; algunos dirigentes eclesiásticos se esforzaron por frenar la homosexualidad femenina en las comunidades monásticas.

Las monjas normalmente eran hijas de familias de clase media y patricias, generalmente sin ninguna vocación religiosa, que eran recluidas en los conventos porque, aparte del matrimonio, el noviciado era el único camino en la vida al que podían optar. San Agustín advertía a su hermana monja diciéndole: “El amor que sentís entre vosotras debe ser espiritual y no carnal”.



Carlomagno, en el siglo VIII, prohíbe a las monjas que compongan canciones de amor, sin embargo a lo largo de toda la Edad Media se popularizan en Europa los "Lais de Maria de Francia". Los Concilios de París (1212) y Ruán (1214), prohibieron a las monjas dormir juntas y exigieron que una lámpara ardiese toda la noche en los dormitorios, para evitar la tentación. Las reglas monásticas prohibieron a las monjas entrar en las celdas de las otras y estaban obligadas a no cerrar con llave, de la misma forma les instaban a evitar especiales lazos de amistad en el interior del convento. En un periodo de diez siglos sólo se logran reunir una docena de alusiones al lesbianismo dispersas en sermones populares, poemas y manuales penitenciarios.

En siglos posteriores, XVI, XVII y XVIII, las relaciones sexuales entre monjas es un tema recurrente en la literatura de la época, sobre todo en los países protestantes y círculos católicos. Hay novelas cortas y poemas que reflejan las relaciones sexuales entre monjas dentro de los conventos.

Brântome, el comentarista de las extravagancias sexuales de los cortesanos franceses a finales del siglo XVI, es el primer autor que inventa la palabra lesbiana en una recopilación de poemas amorosos entre mujeres al que tituló "Las lesbianas" haciendo clara referencia a Safo de Lesbos, una poetisa que vivió en esa isla y que escribía poemas de amor homoerótico. Según el estudio de Aldarte, al carecer de un vocabulario y unos conceptos precisos, se utilizó una larga lista de palabras para describir lo que las mujeres al parecer hacían: "masturbación mutua, contaminación, fornicación, vicio mutuo, coito, copulación... y en caso de llamarles de algún modo a quienes hacían estas terribles cosas se les llamaba fricatrices, esto es mujeres que se frotaban unas con otras, o tribadistas, el equivalente en griego de la misma acción".

En sus obras Brântome observa que: "últimamente las relaciones sexuales entre mujeres se han convertido en algo común tras la moda traída de Italia por una dama de alcurnia a quién no nombraré". Aldarte afirma que probablemente se referiría a Catalina de Medici, reina de Francia, y al grupo de mujeres que seguía su ejemplo, conocido como el "Batallón volante". Algunas de éstas eran jóvenes y/o viudas que preferían hacer el amor entre ellas a, según cuenta Brântome, "entregarse a los hombres y de esta forma quedar embarazadas y perder su honor".

Conocidas en esta época son también Juana de Arco, (la doncella de Orleans), la guipuzcoana Catalina de Erauso (llamada la monja alférez, aunque nunca llegó a tomar los hábitos) y la reina Cristina de Suecia, que abdicó en 1671 porque no quería casarse. Todas ellas se ocultaban tras prendas viriles y asumían roles masculinos; pueden considerarse mujeres que amaron a mujeres, aunque a pesar de ello parece que se mantuvieron vírgenes.

El lesbianismo es equiparado en la legislación de la época con la masturbación, mientras que la homosexualidad masculina es considerada un delito más grave. De todas formas, la tendencia a considerar la sexualidad lesbiana como una ofensa menor no era unánime: en algunos estatutos legislativos franceses se castigaba con la pena de muerte.

A mediados del XIX es cuando la Medicina legal comienza a interesarse y a escribir sobre las sexualidades no ortodoxas bajo el nombre genérico de "atentados contra las costumbres". Los principales atentados son: la violación, el estrupo y el exhibicionismo: delitos de escándalo público, delitos contra la honestidad o contra el pudor. Es entonces cuando, como resultado de un largo proceso histórico de categorización, a la edad, el sexo, la clase y el estatus de las personas, se suma la orientación sexual como mecanismo de diferenciación social.

A finales del siglo XIX, el sexólogo Havelock Ellis definía el lesbianismo de esta manera: "El carácter principal de una mujer invertida sexualmente es un cierto grado de masculinidad, los movimientos bruscos y enérgicos, la actitud y el andar, la mirada directa, las inflexiones de voz y, sobre todo, la manera de estar con un hombre, sin timidez ni audacia, son signos para un observador prevenido, de que ahí existe una anomalía psíquica subyacente".

Lo más importante de esta definición es que estereotipa a la mujer lesbiana como masculina, para que las demás sepan que no es lo normal, y que amar a otras mujeres supone perder la feminidad (o lo que Ellis entendía por feminidad). Además, es la época en la que se trata al lesbianismo como enfermedad mental; es frecuente que los estudios sobre homosexualidad femenina realizados a finales del siglo XIX se basen en las relaciones entre mujeres internadas en manicomios criminales. También se llega a definir el lesbianismo como uno de los fenómenos propios de las mujeres prostitutas; a ambas se les aplican los mismos sistemas de curación: lobotomía, electroshock, extirpación de genitales... (Aldarte, 2006)

Lo curioso es que a la mujer que no respondía a lo que se esperaba de su género, ni cumplía con sus roles de esposa, madre, cuidadora, era inmediatamente definida como lesbiana. Se definía a la lesbiana por el rol, la actividad que desempeñaba y no por el aspecto emocional, claro definidor de la lesbiana actual. Esta manera estereotipada de pensar a la lesbiana como mujer masculina subyace todavía hoy en el discurso sexual de nuestras sociedades occidentales, aunque cada vez más bellezas femeninas supuestamente heterosexuales (actrices, modelos y artistas) declaren públicamente su homosexualidad.

Ya en el siglo XX, la Sexología llevó a cabo una campaña en las escuelas y centros universitarios en los años veinte en Gran Bretaña, destinada a prevenir contra el lesbianismo a las mujeres y chicas más jóvenes, porque se entiende el lesbianismo como perverso, marginal y maldito. Muchas mujeres se refugiaron entonces en matrimonios heterosexuales o desarrollaron un gran desprecio y compasión por sí mismas al aceptar la etiqueta de invertidas.

En el imaginario popular el amor entre mujeres, más que nunca a lo largo de la Historia, empieza a asociarse con la enfermedad, la demencia y la tragedia. Cuando el lesbianismo se considera patológico muchas mujeres lesbianas se patologizan a sí mismas sufriendo una falta de identidad, entrando en conflicto con el propio ser femenino y asumiendo formas de relación y valores sexuales masculinos. En la literatura del siglo XX escrita



por lesbianas o que narra historias con protagonistas lesbianas, es frecuente encontrarse con personajes torturados, infelices y que a menudo fantasean con el suicidio.

A principios del siglo XXI, el mundo Occidental está experimentando un proceso de empoderamiento de las mujeres lesbianas que comenzó en los años 70 con la revolución sexual, la lucha feminista y el activismo gay. Son muchos los colectivos de mujeres lesbianas que luchan por su visibilidad y contra la marginación social, económica y política que sufren. Los avances son tímidos aún, pero importantes; sin embargo lo curioso es como en la esfera mediática poco a poco aparecen mujeres que no ocultan sus preferencias sexuales, que se muestran afecto en público, que visibilizan el deseo femenino y lesbiano- Uno de los gestos más impactantes creo que fue el beso de Madonna a Britney, porque marca un antes y un después.

Evidentemente fue un gesto provocador que no tiene mucho de transgresor porque sirve para vender más discos, pero colateralmente abre una dimensión de la realidad invisibilizada y muestra un gesto de ternura y de deseo femenino al margen de lo que dictan las normas sexuales de nuestra cultura homófoba. Las reacciones masculinas frente al deseo femenino son variadas: ver a dos mujeres hermosas besándose pueden provocar su rechazo (supongo que por un sentimiento de exclusión), pero también son muchos los hombres que se excitan con el deseo femenino aunque ellos no participen. Es decir, no sólo lo toleran sino que les gusta. El rechazo absoluto se da en hombres y mujeres que se sienten indignados por los ataques al mundo heterosexual, perfectamente ordenado y definido y orientado a la reproducción.

Pero se pongan como se pongan los guardianes de la moral heterosexual, hoy el mundo es mucho más variado y al deseo, por mucho que le pongas etiquetas, muros y límites, no hay forma de eliminarlo, y menos en una época en la que la gente ya no quiere reprimirse. En el mundo posmoderno actual la gente quiere probar cosas nuevas, romper con la represión, acceder al placer, y hacer con su cuerpo lo que le apetezca. Las mujeres occidentales estamos conquistando espacios públicos, adueñándonos de nuestros cuerpos, disfrutando más de la sexualidad, y afrontando nuevos desafíos. Por eso la propaganda heterosexual es cada vez menos convincente; cada vez es más complicado seguir convenciendo a las mujeres que lo normal es que nuestro deseo se centre en los hombres.

Por eso creo que es importante que exista una solidaridad de género entre nosotras, independientemente de que seamos heteros, homos o bisex. Me encantaría que se expandiese una conciencia de clase, que eliminásemos las relaciones de competitividad y rivalidad de las mujeres, que nos apoyásemos las unas a las otras. Eduquemos a las nuevas generaciones para que no reproduzcan las tradiciones discriminatorias, para que asuman su sexualidad sin miedo ni vergüenza, para que la diversidad no sirva para etiquetar y discriminar, para que la diferencia sea motivo de disfrute, no de marginación.

6 ¿Qué es "lo normal"?, ¿Quién es "normal"?

"Cuando un juicio no puede enunciarse en términos de bien y de mal se lo expresa en términos de normal y de anormal. Y cuando se trata de justificar esta última distinción, se hacen consideraciones sobre lo que es bueno o nocivo para el individuo. Son expresiones de un dualismo constitutivo de la conciencia occidental".

Michel Foucault

Lo normal, la normalidad, lo normativo, son conceptos que hemos creado para tratar de definir el conjunto de normas que regulan nuestra convivencia, el comportamiento de las mayorías, los lugares comunes, la lógica de nuestra sociedad.

El concepto "normal" nos sirve para distinguir qué es lo correcto y lo incorrecto, qué está bien y mal, que es moral e inmoral. Pero la normalidad sirve, además, para discriminar a todas las personas y grupos humanos que no se ajustan a los patrones y modelos que sigue la mayoría.

Aquellos que son diferentes a esta gran mayoría se etiquetan como los anormales, las raras, los desviados, las extrañas, los ambiguos, las inclasificables, o los diferentes al resto. Esta condena de la diferencia es lo que nos divide en dos grupos: los que se adaptan y los que no, las que son aceptadas y las que no.

Para poder integrarnos plenamente, tratamos de parecernos a aquellos con los que querríamos que se nos identificase. Por eso en las pandillas de adolescentes van todos vestidos iguales con ligeras variaciones. Necesitan sentir que pertenecen a un grupo. Por eso los varones jamás llevan falda en las sociedades occidentales: sus pantalones les definen como hombres. Esto no les sucede a los escoceses, que la usan en sus vestidos tradicionales sin perder un ápice de su masculinidad.

En nuestra sociedad la tendencia es ir hacia la homogeneización, la diferencia nos asusta. Quizás porque nos han educado con el miedo al "otro", a la desconfianza al que no reza como nosotros, al que no habla nuestro idioma, a la que no ama como nosotras.

La diferencia, en lugar de valorarla porque nos enriquece, nos sirve para definirnos, para etiquetarnos, para discriminarnos entre nosotros. El diferente no es normal: los diferentes están locos, son maricas, excéntricos, lesbianas, enfermas mentales, discapacitados.

La "norma" entonces se sostiene gracias a la aceptación de la sociedad que vive bajo ella. Cuanto mayor es, más seguridad sentimos, por ejemplo en la



carretera. Confiamos en que todo el mundo respeta las señales viales porque nos va la vida en ello. Si no, no saldríamos de casa.

Esta normalidad también tiene que ver con la hegemonía. La norma está determinada por las personas que tienen el poder de decidir quién es normal y quién no lo es.

La perspectiva de "lo normal" en un grupo se convierte en hegemónica cuando ese grupo obtiene el poder y puede transmitir a los demás, a través de la cultura y de la información, de la propaganda y de la fuerza, su cosmovisión de mundo, sus intereses, sus concepciones sobre la normalidad, sobre cómo son las cosas y cómo deberían ser.

Por ejemplo, las leyes anti-vagos, que provienen de una ideología según la cual los mendigos y los pobres lo son porque quieren, porque no les da la mente, porque son unos perezosos, porque no desean progresar ni se esfuerzan para ello. Según esta perspectiva, la gente normal es la gente que trabaja y desea mejorar su condición económica.

Así pues, la tiranía del asunto estriba en que creamos que las personas "normales" son aquellas que hacen lo que todo el mundo hace. O que se comportan como se supone que todos y todas "deberíamos" actuar.

Sin embargo, este concepto de normalidad cambia según las culturas y las generaciones. Lo que es "normal" para mi puede no serlo para una mujer saharauí o para una anciana japonesa.

Un ejemplo es la relación que tenemos con la Tierra. Los occidentales consideramos "normal" enterrar nuestros excrementos bajo tierra para evitar malos olores. Los kuna de Panamá y Costa Rica en cambio defecan en el río porque no quieren ensuciar a la "madre Tierra", a la que adoran. Su cultura no ve normal ensuciar el suelo o el subsuelo, porque es sagrado.

Otro ejemplo: lo que era "normal" en la cultura amorosa de la Antigüedad Griega (el amor sublime se da entre dos hombres, la relación perfecta es la que se da entre un maestro y su joven alumno, las relaciones con mujeres son solo para procrear) no es "normal" en nuestros días, pues nuestra sociedad condena enérgicamente la pederastia.

Lo que es "normal" para un multimillonario, no lo es para una persona de clase obrera.

La normalidad, entonces, cambia no solo según las zonas geográficas, sino también según las épocas históricas, la clase social, la etnia, el género.... y las circunstancias personales.

Cada comunidad tiene sus costumbres, cosmovisiones, tradiciones, creencias y supersticiones, cada religión tiene sus mandamientos, cada pueblo establece sus propias normas. Y además, cada uno de nosotros tiene también una idea particular de cosas que son "normales" y cosas que no lo son. Y no siempre coincide con el concepto de "normalidad" de nuestra comunidad.

No todo el mundo se adapta a la norma de igual forma. Aceptamos algunas normalidades y otras no, rompemos con normalidades en determinadas épocas y en otras asumimos... nos cuesta más asumir normas que nos han sido impuestas y nos cuesta menos cuando participamos en su elaboración y aprobación.

La buena noticia es que hay disidentes de la normalidad por todas partes: gente que ama a alguien de su mismo sexo, gente que cambia de género, gente que se queda a medio camino, gente que no piensa que el capitalismo sea el mejor sistema posible, gente que no acaba la carrera o que no acude al altar, gente que no consume desafortunadamente, gente que lo deja todo y empieza una nueva vida, gente que se queda y lucha por cambiar las cosas.

Las mujeres y los hombres disidentes, y todos aquellos que no se definen como hombres o mujeres, y que son disidentes, suelen ser invisibilizados en la prensa, acallados en los parlamentos, discriminados en sus entornos laborales, torturados en las cárceles, golpeados en las comisarias. Todo para que no contagien al resto la disidencia de la normalidad.

No solo están los disidentes que luchan por los derechos de todos y de todas. También están los disidentes listillos, que ocupan puestos muy importantes y desprecian igualmente la norma, o la utilizan para lo que les conviene. Se dedican a saquear nuestros recursos comunes, a violar nuestra paz y a fomentar la desigualdad o la violencia. Para saber de ellos basta con leer los periódicos: corrupción, privatizaciones, tráfico de esclavas, tráfico de drogas, tráfico de armas, violaciones, homicidios, mafias, estafas.... A pesar de esta gente ambiciosa y con tendencia a delinquir, parece que todo funciona. Los medios de comunicación de masas nos cuentan que estos que se desvían de la norma son excepciones y que siempre acaban pagando por ello. Aunque sean muchos.

La "globalización" está imponiendo sus ideas sobre lo que es normal, lógico o natural a través de los relatos y las noticias que llegan a todos los pueblos del mundo. La gente los asume como propios, pese a que la normalidad depende mucho de según quién seas, a qué familia perteneces, si la sociedad te ha abierto las puertas o si te las ha cerrado.

Y es que en las periferias del mundo de lo normal en Occidente habitan multitud de personas que no pueden o no quieren integrarse en el sistema de producción y consumo. Son los vagabundos, las personas intergénero, las mujeres transexuales, los seres asociales y asexuales, la gente que sufre deformidades, los frikis de la informática que viven en un mundo paralelo, los travestis de la noche, las mujeres infieles, los que viven encerrados en armarios, os que conviven en tríos, la gente que sufre discapacidades que le impiden la plena inserción, las activistas de género y las performers, las académicas disidentes, la loca de los gatos, los hippies que aún viven en comunidades aisladas, los que protestan en las calles, los idealistas del mundo de la cooperación, las viudas con pensiones exiguas, los prejubilados que no querían jubilarse a los 52 años, los urbanitas que participan en huertos comunitarios, los border line, las artistas, las familias diversas, los que se inventan cosas locas, las que no aceptan imposiciones



externas en su sexualidad, las que mantienen su ética y no aceptan trabajos que van en contra de sus principios. Gente rara.

Y sin embargo, somos muchos los anormales. Yo busco entre mis amigos y familiares gente "normal" y no encuentro. Todos mis amigos y amigas tienen alguna excentricidad en el carácter, o en el pasado. Tienen un lado oscuro, un vicio secreto, una loquera mal disimulada, una manía obsesiva, una fobia absurda, una pasión extraña, una costumbre irracional o una debilidad inconfesable. Así que, ¿dónde están los y las normales?

La normalidad es un concepto arbitrario, y nos sirve como mecanismo para crear sentido y para imponerlo como si fuera una ley divina o un hecho completamente natural. Ejemplos hay miles: "Lo normal es que la mujer se encargue de todo en la casa, lo normal es que las mujeres amen a los hombres, lo normal es que los negros cedan el sitio a los blancos en los espacios públicos, lo normal es que los homosexuales no encuentren trabajo por su "anormalidad", lo normal es que los peces grandes se coman a los chicos".

Todas estas frases que utilizan el concepto de normalidad, sirven para discriminar, para establecer distinciones, para explicar y justificar "las cosas que pasan". La realidad por ejemplo se puede construir desde una mentira: "Hay armas de destrucción masiva en Irak". Bajo esta falsa premisa, la idea que se transmite es: "Si hay armas en Irak, lo normal es que les declaremos la guerra, porque representan un peligro para el mundo entero".

La normalidad está cargada de ideología, por eso para un neoliberal lo "normal" es que se enriquezcan unos pocos y los demás trabajen para ellos, para algunas mujeres lo "normal" es que amor y celos vayan unidos, para algunos hombres lo "normal" es que su esposa le planche las camisas y su hija se case con un varón, para los budistas lo "normal" no existe, para los ultra católicos, lo "normal" es que una mujer llegue virgen al matrimonio.

Otro derivado de este concepto es la palabra "normalización", que consiste en que la persona o personas que no son normales, empiecen a trabajar activamente para serlo.

La cuestión entonces es que si hace falta se señala que hay gente normal y hay gente vegetariana, rara porque no comen carne, o crudivegana, que come comida extraída exclusivamente de plantas y vegetales sin cocinar. La idea del Corte Inglés, como vimos en la imagen que encabeza el artículo, es que no son normales, pero se entiende de algún modo que si quisieran podrían "normalizarse". Normalizarse es dejarse de alternativas y adaptarse a la sociedad, asumir sus normas, adoptar los patrones sobre los que pensamos el mundo y lo construimos.

Otras raras y raros

Hay gente muy rara en el mundo, oiga. Por ejemplo las feministas, que son raras porque defienden la igualdad y los derechos de las mujeres que se pisotean a diario en todos los rincones del mundo. O las mujeres y hombres antiespecistas que se juegan la vida en acciones de liberación de

animales recluidos en laboratorios o granjas industriales. O los ecologistas que asaltan un barco cargado de toneladas de petróleo, o los inmigrantes que se organizan para derogar las leyes racistas o discriminatorias. O los que no usan jamás autopistas porque están en contra de ellas y siempre circulan por las carreteras nacionales.

Raras y raros son, en general, todos aquellos que no opinan "como todo el mundo", que no se comportan como todo el mundo, que no se visten a la moda, que no se adecúan a las normas de la sociedad en la que viven. Por ejemplo, los ermitaños que viven en cuevas y no tienen dinero, y no lo necesitan. O las prostitutas que venden su cuerpo y ahorran para la vejez. O esas personas que vemos en el autobús y no sabríamos definir si son hombres o mujeres.

Los raros son anormales, extraños y son castigados socialmente por ser disidentes de la norma. Las disidentes desprecian la norma, se desvían de ella, se inventan normas propias, las cambian cuando les parece. Y van llenando de colores el mundo, porque se atreven a vivir como desean, aún cargando sobre si muchas etiquetas discriminatorias.

Algunos luchan por ser aceptados. Otras no. Algunos reivindican su diferencia, otras lucen su rareza para dar ejemplo, o convierten su anormalidad en una herramienta para su lucha cotidiana contra la norma que discrimina, que jerarquiza, que tiraniza.

A solas o en colectivos, desde todos los rincones de la Tierra hay mucha gente que está luchando contra el concepto de "normalidad" de nuestro mundo capitalista, democrático y patriarcal. Están visibilizando otras "normalidades", cuestionando el concepto, abriéndolo a otras formas de entender el mundo y de vivir la vida.

Defienden la diversidad (de formas de ser, de relacionarse, de opinar, de vestir, de amar, de estar en el mundo). Son gente rara, algunos se llaman kuir, o cuir, o queer. O gente que no se etiqueta y gusta de permanecer indefinida para reivindicar la diversidad del poder popular frente a la hegemonía de la homogeneidad, y la normalidad de los normales.



6 Ni sí ni no, ni blanco ni negro: más allá de las etiquetas

Los seres humanos tenemos diferentes formas de pensar dependiendo del idioma que hablemos y la cultura a la que pertenezcamos. La sociedad occidental, por ejemplo, se caracteriza por la estructura de pensamiento binaria que divide la realidad en dos grandes grupos opuestos entre sí. Y además, uno representa lo superior y el otro lo inferior, supongo que os sonará todo esto a Platón.

Según el dualismo idealizante de Platón, la realidad se presenta dividida en dos mundos distintos y contrapuestos: por una parte, el mundo superior, invisible, eterno e inmutable de las ideas y, por otra, el universo físico, visible, material, sujeto a cambios. En un polo está la biología, en otro la sociedad; en uno el cuerpo y en el otro el alma.

Aristóteles, en esta línea, también afirmó que la realidad está dividida en pares de opuestos, que son la base del pensamiento y nuestra forma de acceso al conocimiento. Esta idea culmina en la Ley del Tercio Excluido, "tertium non datur" ('una tercera (cosa) no se da), y según este principio, toda proposición es verdadera o falsa. Entre estos dos valores de verdad no se admite nada intermedio o "tercero".

El pensamiento binario es lo que nos hace amar al Barça y odiar al Real Madrid, declararnos heteros u homos, ser cristianos y rechazar a los musulmanes, defender nuestro pueblo contra el otro pueblo, lo mío frente a lo tuyo, perseguir la delgadez y huir de la obesidad, subir del Sur hacia el Norte. El fundamentalismo existe porque pensamos desde los extremos, como si entre ambas purezas no existiese una vasta y rica gama de matices.

Esta forma de pensar hace que para nosotros la juventud y la vejez, la salud y la enfermedad, la cordura y la locura, los humanos y los animales, los hombres y las mujeres, sean cosas distintas. Y es que necesitamos categorizar todo, clasificarlo y definirlo, para tratar de mantener el orden, para garantizar la seguridad. Si un día mi madre se levantase hablándome en chino y no pudiéramos entendernos, yo pensaría probablemente que estoy trastornada de la cabeza o viviendo una pesadilla.

Por eso separamos, definimos, clasificamos todos los objetos, seres vivos, situaciones, sentimientos, sexualidades; para tener claro quiénes somos, cuál es nuestro lugar y nuestro papel. Todos necesitamos saber lo que no somos (no soy una mujer, no soy un niño, no soy pobre, no soy gitana), porque eso nos ayudará a determinar nuestro comportamiento, expectativas y trayectoria vital.

El problema de tenerlo todo tan controlado es que a veces la realidad no es tan radical como creemos, sino que es más bien relativa. Prueba de ello es la risa y el humor, que son críticas a nuestras construcciones y a nuestras verdades por supuestas. En el fondo, a los humanos nos encanta ir

más allá y romper los corsés que nos imponen y nos limitan, por eso nos encanta la transgresión y la novedad.

Yo defiendo la idea de que todas las etiquetas nos cierran puertas: si soy homosexual, no puedo ser hetero, si soy hombre no puedo experimentar mi feminidad, si soy paya no puedo casarme con un gitano, si soy jefa no puedo irme de marcha con mis empleados, si soy testigo de Jehová no puedo interesarme por el budismo...

Las etiquetas bipolares no sólo han empobrecido nuestro desarrollo cerebral y nuestra evolución intelectual, sino que además ha provocado una división positiva y negativa de la realidad que, por más que parezca absurdo, ha generado una profunda desigualdad y un sistema social injusto. En casi todas las sociedades patriarcales el poder degradó a lo inferior conceptos como la colectividad, la ternura, la sensibilidad, la debilidad, la contingencia, la feminidad, la naturaleza, la pasión, la irracionalidad, la animalidad, la homosexualidad, la reproducción, la oscuridad, subsumiendo a todos en una misma categoría. En la tradición misógina, la superioridad estaba representada por los conceptos de virilidad, dureza, fuerza, razón, ley, individualismo, cultura, orden, claridad, heterosexualidad, etc.

El correlato social y económico de esta cultura binarista y jerárquica ha sido la supremacía del hombre blanco sano, rico, heterosexual y occidental sobre otros hombres (niños, ancianos, homosexuales, hombres de cualquier otra etnia o raza) y sobre las mujeres durante siglos. En el peldaño inferior de esta gradación piramidal y excluyente se encuentra la mujer negra, pobre, lesbiana, enferma o anciana.

Esta forma binaria y jerarquizada de pensamiento fue el origen de los procesos de expansión y anexión de territorios, y se halla en la base de todas las guerras y la violencia entre pueblos y culturas. Es cierto que los animales también poseen relaciones jerárquicas y conflictos de poder, pero nosotros somos evidentemente un caso especialmente conflictivo, sobre todo para el propio planeta, pues nuestra destructividad y crueldad no conoce límites en un mundo arrasado por las guerras, el hambre y la pobreza.

Pienso que es importante entender que esta forma de pensar está cargada de ideología porque considera que los fuertes han de dominar a los más débiles. Por eso el hombre se cree con derecho a dominar y esclavizar la naturaleza, la tierra, los animales, e incluso a sus semejantes, en primer lugar las mujeres y los niños, y después, los más débiles (ancianos, pueblos pacíficos, desviados, marginados, pobres, etc.). La mayor parte de las mujeres también se mueven en esas categorías, porque el género femenino también piensa de forma binaria y ha asumido, en la mayor parte del mundo, su subordinación al hombre. Ha integrado en su interpretación de la realidad su condición de ser inferior, y ha interiorizado esta ideología patriarcal entendiéndola como natural, inevitable, lógica y eterna (Pierre Bourdieu, 1998). Prueba de ello es que las mujeres han transmitido los valores del patriarcado a su descendencia, generación tras generación, mediante la educación diferenciada de roles y estereotipos de género.



Con el desarrollo de la Antropología hemos podido comprobar que existen otras culturas humanas en las que existen otros conceptos sobre la normalidad y donde no piensan divididos entre dos categorías extremas. No es de extrañar que sean las más pacíficas e igualitarias. Además, se mueven con mucha más libertad que nosotros en el tema de los roles, y no estereotipan de una manera tan simple la realidad.

Siguiendo con Occidente, el relativismo del siglo XX vino a traer un poco de crítica a este sistema de conocimiento y de construcción social. El tiempo transcurre diferente según desde donde se esté; el vaso se ve medio lleno o medio vacío, y entre el negro y el blanco hay una bella e infinita riqueza cromática.

También el movimiento hippy nos permitió conocer la estructura mental oriental a través del budismo y el hinduismo, religiones que entienden que la vida es parte de la muerte, y que concibe la realidad como un todo. Es decir, la filosofía oriental cree que todo forma parte del mismo proceso, y eso está simbolizado en la figura del ying y el yang, en la que luz y oscuridad, feminidad y masculinidad son las dos caras de la misma moneda y se complementan a la perfección, sin contradicciones.

Uno de los intelectuales que más ha aportado a la hora de criticar el reduccionismo occidental y presentar una propuesta teórica para superarlo ha sido Edgar Morín, que propone sustituir el pensamiento único con el pensamiento complejo, que define como "un pensamiento que relaciona": "Esto quiere decir que en oposición al modo de pensar tradicional, que divide el campo de los conocimientos en disciplinas atrincheradas y clasificadas, el pensamiento complejo es un modo de religación. Está pues contra el aislamiento de los objetos de conocimiento; reponiéndoles en su contexto, y de ser posible en la globalidad a la que pertenecen"

También Helen Fisher habla del pensamiento en Red, que parece ser más común en las mujeres: a la hora de analizar un problema y tomar una decisión hay que tener en cuenta todas las variables y las relaciones entre ellas, entendiendo que el análisis simple y en línea recta empobrece la psique humana y reduce el libre albedrío de los sujetos.

La Teoría Queer denunció que estas clasificaciones binarias sólo sirven para discriminar, porque imponen un sistema de poder que considera que unos están arriba y otros abajo, que unos son normales y otros anormales, que unos son salvajes y otros civilizados. Es una teoría que aboga por lo Trans, es decir, el ir más allá de las etiquetas reduccionistas y explorar la complejidad de los fenómenos entendidos como procesos, no como productos acabados.

Los queers se mueven en el terreno de los nadie, de la ambigüedad, la androginia; ese espacio social donde una puede jugar a intercambiar roles, identidades y estéticas como le plazca.

Lo Queer promueve la libertad del cuerpo y la deconstrucción de las verdades dadas por supuestas e instaladas como naturales en nuestra cultura, y el fin de las categorías excluyentes que constriñen y encajonan nuestra identidad, impidiéndonos evolucionar y limitando nuestra libertad.

Los Derechos Universales del Amor

Una propuesta para el borrador de los Derechos Humanos en el campo de la sexualidad, los afectos y las emociones:

1. Todos tenemos derecho a querer y a ser queridos en este mundo diverso, sin que nadie pueda verse excluido o discriminado por razones de género, orientación sexual, etnia, origen, clase socioeconómica, edad, religión, etc.

2. Todas tenemos derecho a elegir libremente compañero/a (s) sin imposiciones sobre el género o el número de compañeros/as. También tenemos derecho a elegir la soltería sin sufrir las presiones de nuestro entorno.

3. Todas tenemos derecho a relaciones igualitarias donde no exista la división de roles tradicional y en las que podamos repartir las cargas de trabajo de un modo equitativo o equilibrado. Todos tenemos derecho a ser bien tratados y a tratar bien a los demás. Tenemos derecho, pues, a tener relaciones amorosas sanas y bonitas, sin jerarquías ni luchas de poder.

4. Todos tenemos derecho a iniciar o romper nuestras relaciones amorosas o sexuales con libertad, por ejemplo cuando no nos apetece continuar compartiendo o conviviendo con la pareja, sin coerciones de tipo legal, económico, social, moral o religioso.

5. Todos tenemos derecho a controlar nuestra sexualidad en el ámbito de la reproducción, tener acceso a métodos anticonceptivos o elegir libremente la maternidad/paternidad, tanto cuando se tiene pareja, como cuando no se tiene.

6. Todas tenemos derecho a expresar nuestras emociones en público o a no expresarlas si no es nuestro deseo. Esto supone también que todas somos libres para mostrar nuestros afectos en lugares públicos sin discriminaciones basadas en nuestro aspecto físico, nuestra edad, color de piel, clase social u orientación sexual.



7 Todos tenemos derecho a tener relaciones monogámicas o poliamorosas, abiertas o cerradas, efímeras o eternas, y renovar los acuerdos conyugales como nos apetezca o según las circunstancias vitales de cada persona. Tenemos derecho a inventar, probar, y buscar nuevas estructuras emocionales al margen de los modelos tradicionales basados en la pareja heterosexual y monogámica.

8 Todas tenemos derecho a formar comunidades amorosas donde nos unamos con la gente por lazos afectivos, de amor o amistad, sin estar determinados por el parentesco o por la monogamia obligatoria. Podemos elegir vivir con una persona o con varias, fundar una familia con quién nos plazca, y elegir nuestro grado de implicación afectiva o sexual en cada una de nuestras relaciones.

9 Todos tenemos derecho a comprometernos, a no comprometernos, o a elegir el grado de compromiso de mutuo acuerdo con la o las parejas. También tenemos derecho a celebrar nuestro compromiso con una gran fiesta o en la intimidad, derecho asimismo a no celebrarlo.

10 Todas tenemos derecho a disfrutar de nuestra sexualidad y nuestro erotismo sin coerciones. Tenemos derecho al placer, a la ternura, al juego y al amor. Y también tenemos derecho a ser respetados/as cuando no queremos tener relaciones sexuales o establecer lazos sentimentales.

Coral Herrera Gómez



Coral Herrera Gómez



Nací en Madrid y vivo en Costa Rica. Soy una apasionada de las letras, del queer y de las redes sociales. He publicado dos libros con la Editorial Fundamentos y la Editorial Txalaparta sobre temas de género (identidades, teorías, movimientos, cuerpo, sexualidad, emociones, política, afectos, deseos, derechos humanos). Escribo en El Rincón de Haika desde hace 5 años y colaboro con diversas revistas, del ámbito académico y del ámbito periodístico sobre temas como los feminismos, las masculinidades y los movimientos sociales.

Soy Doctora en Humanidades y Comunicación Audiovisual por la Universidad Carlos III de Madrid, y trabajo como profesora e investigadora, consultora en temas de género y comunicación, escritora y Social Media Manager en instituciones como UNESCO y AECID, en dos editoriales españolas, en la Universidad de la Sorbona en París y en la Universidad Carlos III de Madrid.